



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Sucre en el Ecuador

Autor: Rumazo González, Alfonso

Forma sugerida de citar: Rumazo, A. (1995). Sucre en el Ecuador. *Cuadernos Americanos*, 6(54), 24-31.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 54, (noviembre-diciembre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin Derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## SUCRE EN EL ECUADOR

Por *Alfonso RUMAZO GONZÁLEZ*  
HISTORIADOR ECUATORIANO

*Pienso que mis huesos se entierren en el  
Ecuador, o que se tiren dentro del volcán  
Pichincha.*

Carta del Mariscal Sucre al general  
Trinidad Morán, Chuquisaca, 12 de  
diciembre de 1825.

EL HOMBRE NO PUEDE escoger el lugar de su nacimiento, pero sí el de su morada espiritual, allí donde sienta que se plasman sus mejores anhelos. A veces lo segundo coincide con lo primero y ri-ge, así, una unidad. Antonio José de Sucre, nacido en Venezuela, tuvo dos querencias: su patria y el Ecuador. No la Nueva Granada, por la cual pasó de modo efímero; no el Perú, lugar de su más alta victoria militar: Ayacucho, tal vez porque allá se profanó muy pronto el nombre del Libertador; tampoco Bolivia, país de su Jefatura de Estado: en la capital Chuquisaca se atentó contra su vida. En el Ecuador nada le fue seriamente hostil nunca, sino todo amable y grato; Quito, Guayaquil, Cuenca, Yaguachi, parecieronle su propia tierra. En Quito encontró el cumanés un amor de sinceridad en Mariana Carcelén, al modo como Bolívar halló ahí a Manuela Sáenz. Por el puerto ecuatoriano de Guayaquil entró para sus hazañas de Pichincha y Tarqui; y de Guayaquil salió rumbo a Ayacucho. Algo más: en Quito fue donde recibió el héroe el premio amistoso mayor para su espíritu: un abrazo del Libertador, tanto al derrumbarse el poderío del general español Aymerich, como al estrellarse en la vergüenza de su propia infamia en Tarqui los invasores de la Gran Colombia.

Durante dos lapsos estuvo Sucre en el Ecuador: de mayo de 1821 hasta abril de 1823, o sea algo muy cerca de dos años. Y luego, un lustro después, de septiembre de 1828 hasta noviembre de

1829, vale decir un poco más de un año. Tiempo suficiente, en uno y otro caso, para que sus sentimientos se situaran detrás de lo circunstancial inmediato y asieran directamente la real hondura de sus afectos. A manera de símbolo, si se ha de señalar la casi ninguna solución de continuidad entre los dos períodos, vale indicar que si en el uno se comprometió Sucre en matrimonio, en el otro se casó de hecho; Mariana Carcelén lo aguardó durante tan larga ausencia, impidiendo afectivamente la acción deletérea del tiempo. Otro nexo, asimismo permanente, de uno a otro lapso, fue el coronel quiteño Vicente Aguirre, con quien tuvo el ausente correspondencia constante, fraguada en lo más delicado de la amistad que es la confianza.

Bolívar captó certeramente lo que significaba Sucre para el Ecuador. Refiriéndose a la victoria en Pichincha, escribió:

Esa batalla consumó la obra del cielo de Sucre, de su sagacidad, de su valor. Fue nombrado en premio de sus servicios General de División e Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos.

En Bogotá dióle el Libertador al general Sucre la orden de trasladarse al Sur, para que actuase en su nombre en varios asuntos que eran fuerzas de posible germinación destructora. Había que solucionar inmediatamente los desajustes de la división militar de Popayán, inactiva y hasta pusilámne; hacerse presente luego en Guayaquil, independizada hacía tres meses por propia valerosa iniciativa; el importante puerto requería protección. Por otra parte, no debían considerarse lejanos sino muy próximos los sucesos del Perú: el general rioplatense José de San Martín, procedente de Chile, había desembarcado con sus tropas libertadoras en territorio peruano, cuestión de mucho peso y consecuencia dentro del desarrollo de la guerra de Independencia.

Depositario de la confianza entera del Libertador, desembarcó el general Sucre en Guayaquil con 700 hombres. Era su inicial ingreso al Ecuador. Encontró una ciudad libre, pero indecisa y desorientada; unos querían la anexión al Perú, otros se decidían por Colombia, y unos terceros propiciaban la entera autonomía de la provincia. Llega Sucre como hombre de guerra, y se consagra inmediatamente a preparar tropas para la campaña sobre la capital Quito, sede céntrica de las fuerzas realistas. Sale poco después,

en un primer intento de irrupción, y triunfa en Yaguachi. Avanza, pero le derrotan en el combate de Huachi, durante el cual su subalterno, el general Mires, no obedeció sus instrucciones. Todo gran conductor halla siempre los elementos para trocar los desastres en elemento positivo; obtiene un armisticio, se prepara mejor y recibe a tiempo los previstos auxilios militares de Colombia. A fin de reforzarse aún más en firme, solicita del general San Martín, que ya ha tomado a Lima, la devolución del batallón Numancia, integrado por venezolanos. Antes que desprenderse de tan valioso cuerpo, prefiere San Martín remitir la división del general Santa Cruz, compuesta por soldados argentinos, chilenos y peruanos.

Se encuentran y juntan los dos ejércitos en el sitio de Saraguro; el abrazo, la fraternización, la solidaridad en la decisión de lucha y hasta en el peligro de perecer fortalecen a todos. El equipo está listo para la obra. Oportunamente llegan al campamento las instrucciones terminantes, nítidas, de Bolívar; que el general Sucre actúe con energía, que pida cuanto necesite, y si no se lo dan, que se lo tome, que exija el reconocimiento del gobierno de Colombia y que, por ningún motivo, permita que Guayaquil se incorpore o someta a otro gobierno. Por derecho, Guayaquil pertenece al territorio colombiano.

Dos problemas simultáneos se yerguen, así, delante del joven general cumanés: poner a salvo la colombianidad del puerto ecuatoriano, y hacer a la vez la guerra contra los españoles hasta lograr la independencia del Ecuador. En lo primero, emplea Sucre diplomacia, astucia, sagacidad, de modo que cualquier posible decisión de la Junta de Gobierno presidida por José Joaquín Olmedo se mantenga aplazada. Olmedo ha recibido una carta de Bolívar, procedente de Cali, con términos categóricos: ‘Exijo —le dice— el inmediato reconocimiento de la república de Colombia, porque es un galimatías la situación de Guayaquil. . . Una ciudad con un río no puede formar una Nación’.

No fue fácil la tarea política. Unos meses más tarde, Sucre le envió esta explicación al vicepresidente Santander —ya había sido incorporada Guayaquil a Colombia por Bolívar, personalmente— :

El Libertador había sospechado que tal vez nuestra conducta en Guayaquil no fuese correspondiente a sus deseos, pero él ha visto que yo, aislado en aquel país, sin otra guía que unas malditas instrucciones con las cuales no debía ligarse ni a un subalterno, en medio de las intrigas del gobierno del Perú que fomentaba las turbaciones de la Provincia, obligado a gravar el país para mantener mi división y para sacar los inmensos gastos de los buques de transporte,

sin la ayuda de un real de mi gobierno, con oficiales sumamente pobres, con soldados miserables y reclutas en un pueblo en que todo mueve el oro, yo he podido establecer una opinión decidida por Colombia, contrariado por los hombres que tenían el oro en su poder. El pueblo de Guayaquil apenas sabía sino que había una república de Colombia, porque interpuestos los españoles en Quito, agitaban y practicaban los medios de que alguna noticia que pasase al sur fuera contra nosotros o para desacreditarnos... Me escriben de Guayaquil que ahora es que está conociendo el Libertador lo que yo he tenido que trabajar en esta parte y contra tantos obstáculos. Mi deseo es sólo que el gobierno sepa que no he correspondido mal a su confianza (Carta desde Quito, el 21 de julio de 1822).

Abre el general Sucre la campaña con cerca de dos mil soldados, en buena parte ecuatorianos; se dirige a Cuenca, que evacuan los españoles. Allí se detiene más de un mes, para perfeccionar la eficacia de sus contingentes. Y marcha luego rumbo a Quito, con decisión de arrollar; cuantas tropas realistas aparecen en la ruta retroceden sin combatir. Va seguro, arrogante. El único combate en la ruta, en Riobamba, se vuelve triunfo. La atracción de vencer corresponde a su tema personal vital: ¡hacer la liberación! “Inventar un tema para la vida —escribirá el filósofo Juan David García Bacca—, por el que hasta se llegue a morir de buena gana, es el invento supremo a que puede aspirar el hombre”. Los libertadores americanos todos, mientras duró la guerra, fueron impelidos por la dinámica de su tema vital.

En Latacunga recibe nuevos refuerzos militares colombianos, comandados por el coronel neogranadino José María Córdova. Y con ese soberbio ejército de bravos da la batalla de Pichincha el 24 de mayo. Las campanas de la iglesia del Tejar, en los extramuros de Quito, fueron las primeras en difundir la voz de la victoria, por la cual el Ecuador quedaba independizado. Los campanarios llegan con su grito a la conciencia de todos. Campanadas de libertad, ¡clamor para siglos!

A los pocos días llega del norte Simón Bolívar, quien ha vencido también en Bomboná. El Ecuador les entrega a los dos jefes la plenitud de su fervor, con una sinceridad que en esos tiempos no mostró ningún otro país de América.

Después de los éxitos militares deben venir, obviamente, los políticos, que son su consecuencia. El Libertador se traslada apresuradamente a Guayaquil, donde habrá de entrevistarse con el general San Martín; pero se le adelanta quince días al líder rioplatense, durante los cuales la ciudad es incorporada a Colombia, con el

automático cese de las funciones de la Junta de Gobierno. Se eliminan así la indecisión o la desviación de la muy significativa provincia. Ha sido un golpe político magistral. San Martín se quejará de que Bolívar le hubiese ganado de mano.

Los dos magnos jefes de la revolución, Bolívar y San Martín, conferenciaron en los días 25 y 26 de julio. Se despidieron luego, para siempre. El general rioplatense había dejado en Lima escrita su renuncia del poder, antes de embarcarse para Guayaquil. En consecuencia, todo el resto de la guerra lo sobrellevarán Bolívar y Sucre, ¡hasta Junín, hasta Ayacucho!

En mensaje secreto, Sucre es informado de cuanto se trató en la entrevista; el texto lo dictó Bolívar a su secretario José Gabriel Pérez:

Esponáneamente dijo el Protector a S.E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil... Se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas, que últimamente lo habían abandonado. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando al Protectorado... Añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del gobierno; que éste no debía ser democrático, porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo que debería venir de Europa un Príncipe a mandar en el Perú. Aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos, como base esencial de nuestra existencia política... El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él y que, aunque sus jefes son audaces, no son temibles. Inmediatamente va a abrir la campaña por Intermedios en una expedición marítima, y por Lima cubriendo la capital con su marcha de frente.

Tres puntos, por sustanciales, debieron de preocuparle a Sucre: la renuncia de San Martín, que creaba de hecho una inestabilidad política en el Perú; la creencia de que podía traerse un Príncipe europeo, proyecto ampliamente rechazado por Bolívar; y el haber supuesto el general San Martín que con la expedición de Intermedios iba a derrotar a los españoles, que se hallaban intactos y omnipoderosos en lo alto de la cordillera. San Martín, evidentemente, padecía de espejismos: ni habrá Príncipe, ni se alcanzará en la campaña de Intermedios otra cosa que una grave derrota.

Bolívar debió de sentirse excepcionalmente fuerte, al verse empujado sobre una Gran Colombia totalmente libre, inmensa, dueña de dos océanos y de Panamá. Y no debió de parecerle acertada la renuncia del Protector, porque más tarde, cuando Sucre quiera retirarse, le dirá el Libertador enfáticamente: ‘‘Llene usted su destino,

ceda Ud. a la fortuna que lo persigue; no se parezca usted a San Martín y a Iturbide, que han desechado la gloria que los buscaba”.

Los habitantes de Pasto se negaron, por esos meses, a saberse libres; insurrectos, proclamaron su obediencia al rey de España. Sucre tuvo que aplastar la sublevación con energía, y el propio Bolívar se trasladó a esa ciudad e impuso las más severas sanciones. Pasto había intentado obstruir los planes del Libertador, icuando ya casi todo, del Orinoco a Tumbes, hallábase independizado, y cuando hasta el istmo de Panamá, por propia iniciativa, habíase sacudido y desechado la autoridad monárquica!

En el Perú crecía la complejidad política, con amenaza de desbordamiento. El presidente La Mar, sucesor de San Martín, hubo de ser reemplazado por el marqués de Riva Agüero al producirse la derrota del general argentino Rudecindo Alvarado en la empresa de Intermedios recomendada por San Martín. La independencia de América, a causa del debilitamiento del Perú —los primeros contingentes colombianos remitidos por Bolívar en coincidencia con la entrevista de Guayaquil fueron torpemente devueltos!— podía entrar en el desfiladero del fracaso. Un posible triunfo español en el antiguo incario situaba en peligro la emancipación de Colombia, de Chile, ide todos!

El Libertador pensó entonces en Sucre. La admirable buena suerte del magno líder fue haber tenido un compañero muy preeminente a su lado, extraordinario en las capacidades militares, políticas y diplomáticas, y en quien podía confiar por entero. Esa ventura no la tuvieron ni San Martín, ni O'Higgins, ni Morazán, ni Artigas, ni ningún otro jefe grande hispanoamericano. El general Sucre llegó a ser, después de Pichincha, un consejero, un amigo, un hijo de Bolívar. Un día, éste le dirá: “Yo ruego a Usted, mi querido general, que me ayude con toda su alma. Si no es usted, no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales” (1823). Y Sucre, por su parte, le confesará: “He dicho a usted que confío siempre de sus consejos como de los que recibiera de mi padre” (1828).

Partió hacia el Perú el general Sucre el 15 de abril de 1823, despidiéndose así de su primera estada en el Ecuador. La carta-credencial, para presentarla al Jefe del Estado peruano, Riva Agüero, decía: “El general Sucre lleva un carácter diplomático... Confieso con franqueza que no ha dado Venezuela un oficial de más bellas disposiciones ni de un mérito más completo... Yo he confiado a él la dirección de nuestro ejército en el Perú. Sucre es hombre



que puede merecer una carta blanca''. ¡Y no tiene sino veintiocho años! Los nuevos contingentes militares para el Perú han vuelto a enviarse escalonadamente.

Pasaron cinco años, en los cuales Sucre había conquistado la gloria de Ayacucho y la Presidencia de una nueva República, Bolivia. Después del atentado que sufrió en Chuquisaca, regresó a Quito.

Esta segunda vez llegó Sucre al Ecuador nimbado de grandeza, de extraordinaria grandeza. Era el super-héroe y a la vez víctima del bien que hacía a un pueblo. Hay bienes deletéreos porque más allá está atisbando el monstruo del mal. Le recibieron como a grande, y respetaron luego su luna de miel que no duró sino cuatro meses. Sucre, hombre público, no podrá hurtarse nunca a los acontecimientos. Y éstos se presentan destructores. Los peruanos, comandados por los generales La Mar y Gamarra, han invadido el sur de Colombia; en coordinación con ellos, se han erigido en insurrectos, al sur de la Nueva Granada, los generales Obando y López—serán rápidamente dominados por el general Córdova. El Libertador, entonces, desde Bogotá, le pide a Sucre que ataque a los invasores y le otorga poderes omnímodos. Acepta el Gran Mariscal y llega a Cuenca a fines de enero (1829). Bastó una batalla para que los peruanos quedasen destrozados en el portete de Tarqui (27 de febrero). ¿No pensaron La Mar y Gamarra que iban a combatir contra el genio de la guerra más hábil y más inteligentemente valeroso, después de Bolívar?

Conferencian en Quito Sucre y el Libertador, y éste viaja a dirigir el rescate de la ciudad de Guayaquil, todavía en poder de los invasores. Lo logra, al ser derrocado el presidente La Mar por el general Gamarra. Pero la semilla del descontento en Colombia continúa brotando aquí y allá. En la Nueva Granada se alza en armas contra Bolívar el general Córdova; el general O'Leary lo somete, pero no puede impedir que perezca, al final del combate, asesinado por un inglés.

En medio de tales sucesos, dramáticos todos, emerge la sencillez de un nacimiento. Sucre tiene ya una hija, Teresa, que trae un viento magnético de alegría. ¿Quién sabe nunca cuánto durará una vida? La de Teresa no pasará de los dos años. Y el padre morirá antes que ella. Pero la alegría de la vida, del vivir, con la presencia de un niño, prescinde del concepto muerte. Lo que nos importa verdaderamente es aquello que estamos poseyendo, dirá Gide.

Nuevo diálogo ahora entre Sucre y Bolívar, en Quito. Ahora, dominados los problemas bélicos, se agita y exacerba la corrosividad

política. Venezuela ha vuelto a su tema del año 26: la separación de la Gran Colombia, a la que no quiere ya pertenecer. El Congreso, convocado para enero (1830), habrá de tomar decisión en ese conflicto. Sucre, hombre político, se hace cargo de la diputación que le ha dado su ciudad natal Cumaná, y prepara su viaje; Bolívar sale antes y le aguardará en Popayán para unas últimas conferencias.

Redacta el Mariscal su testamento, por seguir una costumbre de los viajeros en aquella época y no por precaución ante la posibilidad de morir; lo encomienda luego, cerrado y sellado, a su amigo y confidente el general Vicente Aguirre. Y se despide de su esposa, de su hija de sólo cuatro meses, de parientes y amigos (12 de noviembre de 1829). ¿Quiénes eran estos amigos? Los señaló en una carta desde Chuquisaca: "Mi querido Aguirre: al señor Montúfar y señora; San José y la suya, a Catita, las Carcelenes, Villacises, Borjas, Barbas, Salvadores, Ascáxubis, Salinas, Chiribogas, en fin, a todas mis amigas mil afectos, a los amigos todos, mil memorias".

Llegado a Bogotá, hiciéronle presidente del Congreso, que Bolívar calificó de admirable. Y como Venezuela, la de Páez y Mariño y Bermúdez, se había declarado separada de la Gran Colombia, los diputados le confiaron a Sucre la misiva de tratar de salvar la unidad colombiana. En la frontera, negáronle la entrada a su propio país, a su Caracas, a su Cumaná.

Apenas terminadas las sesiones, Sucre y seis compañeros emprendieron viaje hacia Quito, por la vía de Neiva y Popayán. El Gran Mariscal había sido condenado a muerte en Bogotá. Y lo asesinaron en Berruecos.

Y por tercera vez, y para siempre, entró Sucre al Ecuador, pero vuelto cadáver. A eso le redujeron sus enemigos. La viuda, Mariana Carcelén, hizo traer el féretro a su hacienda *El Deán* y lo enterró luego en el templo de las monjas carmelitas claustradas, llamado del Carmen Bajo, en Quito. A los setenta años fue encontrado y trasladado a la iglesia catedral de la capital ecuatoriana, donde reposa en capilla especial, decorada por el gran pintor de entonación mística y de simbolismo augusto Víctor Mideros; al centro se levanta el túmulo que guardan esos huesos en urna de granito del volcán Pichincha.